

Homilía de XXIV Domingo del tiempo ordinario

Año litúrgico 2018 - 2019 - (Ciclo C)

“Porque este hijo mío estaba muerto y ha revivido”

Introducción

Las parábolas del Evangelio de este domingo tienen un rasgo común: la alegría, el ser y el permanecer alegres. La alegría es un don del Espíritu Santo. El Papa Francisco ha definido la alegría cristiana como 'la respiración de un cristiano', como su aliento vital. La alegría cristiana, que nada tiene que ver con vivir en continuas carcajadas o de forma superficial y despreocupada, no es incompatible con la vivencia del sufrimiento. Es fundamento de la paz interior y del justo equilibrio que los cristianos necesitamos para vivir en la necesaria tensión entre lo que somos aquí y ahora y lo que llegaremos a ser en plenitud.

La fe en Jesús nace de un encuentro cierto, de una experiencia vital, entre el Espíritu del Señor resucitado, presente en la Historia, y el creyente. Muchos de nosotros no hemos pasado por un proceso de conversión parecido al de Pablo, que del judaísmo intransigente pasó a formar parte de la naciente comunidad cristiana, sino que, más bien, nuestra fe la hemos recibido más como herencia cultural que por una conversión personal. Hemos de adentrarnos, por lo mismo, en los misterios de la fe recibida para conocer y vivir en coherencia con el mensaje del Evangelio.

El sacramento esencial de la pertenencia cristiana es la Eucaristía, un banquete ritual en el que el mismo Jesús se hace presente en medio de nosotros en forma sacramental y que se nos ofrece como aliento y alimento. Cada domingo estamos invitados a experimentar con gozo y alegría el banquete del Señor, su comunión con Él y la dicha de reunirnos en su nombre hasta que se cumpla la promesa de su retorno glorioso y definitivo.



Fray Manuel Jesús Romero Blanco O.P.
Misionero dominico en la Amazonía peruana

Lecturas

Primera lectura

Lectura del libro del Exodo 32, 7-11. 13-14

En aquellos días, el Señor dijo a Moisés: «Anda, baja de la montaña, que se ha pervertido tu pueblo, el que tú sacaste de Egipto. Pronto se han desviado del camino que yo les había señalado. Se han hecho un becerro de metal, se postran ante él, le ofrecen sacrificios y proclaman: “Este es tu Dios, Israel, el que te sacó de Egipto”». Y el Señor añadió a Moisés: «Veo que este pueblo es un pueblo de dura cerviz. Por eso, déjame: mi ira se va a encender contra ellos hasta consumirlos. Y de ti haré un gran pueblo». Entonces Moisés suplicó al Señor, su Dios: «¿Por qué, Señor, se va a encender tu ira contra tu pueblo, que tú sacaste de Egipto, con gran poder y mano robusta? Acuérdate de tus siervos, Abrahán, Isaac e Israel, a quienes juraste por ti mismo: “Multiplicaré vuestra descendencia como las estrellas del cielo, y toda esta tierra de que he hablado se la daré a vuestra descendencia para que la posea por siempre”». Entonces se arrepintió el Señor de la amenaza que había pronunciado contra su pueblo.

Salmo

Salmo 50, 3-4. 12-13. 17 y 19 R/. Me levantaré, me pondré en camino adonde está mi padre.

Misericordia, Dios mío, por tu bondad, por tu inmensa compasión borra mi culpa; lava del todo mi delito, limpia mi pecado. R/. Oh Dios, crea en mí un corazón puro, renuévame por dentro con espíritu firme. No me arrojes lejos de tu rostro, no me quites tu santo espíritu. R/. Señor, me abrirás los labios, y mi boca proclamará tu alabanza. Mi sacrificio agradable a Dios es un espíritu quebrantado; un corazón quebrantado y humillado, tú, oh, Dios, tú no lo desprecias. R/.

Segunda lectura

Lectura de la primera carta del Apóstol San Pablo a Timoteo 1, 12-17

Querido hermano: Doy gracias a Cristo Jesús, Señor nuestro, que me hizo capaz, se fió de mí y me confió este ministerio, a mí, que antes era un blasfemo, un perseguidor y un insolente. Pero Dios tuvo compasión de mí porque no sabía lo que hacía, pues estaba lejos de la fe; sin embargo, la gracia de nuestro Señor sobreabundó en mí junto con la fe y el amor que tienen su fundamento en Cristo Jesús. Es palabra digna de crédito y merecedora de total aceptación que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, y yo soy el primero; pero por esto precisamente se compadeció de mí: para que yo fuese el primero en el que Cristo Jesús mostrase toda su paciencia y para que me convirtiera en un modelo de los que han de creer en él y tener vida eterna. Al Rey de los siglos, inmortal, invisible, único Dios, honor y gloria por los siglos de los siglos. Amén.

Evangelio del día

Lectura del santo Evangelio según San Lucas 15, 1-32

En aquel tiempo, solían acercarse a Jesús todos los publicanos y los pecadores a escucharlo. Y los fariseos y los escribas murmuraban diciendo: «Ese acoge a los pecadores y come con ellos». Jesús les dijo esta parábola: «¿Quién de vosotros que tiene cien ovejas y pierde una de ellas, no deja las noventa y nueve en el desierto y va tras la descarriada, hasta que la encuentra? Y, cuando la encuentra, se la carga sobre los hombros, muy contento; y, al llegar a casa, reúne a los amigos y a los vecinos, y les dice: “¡Alegraos conmigo!, he encontrado la oveja que se me había perdido”. Os digo que así también habrá más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta que por noventa y nueve justos que no necesitan convertirse. O ¿qué mujer que tiene diez monedas, si se le pierde una, no enciende una lámpara y barre la casa y busca con cuidado, hasta que la encuentra? Y, cuando la encuentra, reúne a las amigas y a las vecinas y les dice: “Alegraos conmigo!, he encontrado la moneda que se me había perdido”. Os digo que la misma alegría tendrán los ángeles de Dios por un solo pecador que se convierta». También les dijo: «Un hombre tenía dos hijos; el menor de ellos dijo a su padre: “Padre, dame la parte que me toca de la fortuna”. El padre les repartió los bienes. No muchos días después, el hijo menor, juntando todo lo suyo, se marchó a un país lejano, y allí derrochó su fortuna viviendo perdidamente. Cuando lo había gastado todo, vino por aquella tierra un hambre terrible, y empezó él a pasar necesidad. Fue entonces y se contrató con uno de los ciudadanos de aquel país que lo mandó a sus campos a apacentar cerdos. Deseaba saciarse de las algarrobas que comían los cerdos, pero nadie le daba nada. Recapacitando entonces, se dijo: «Cuántos jornaleros de mi padre tienen abundancia de pan, mientras yo aquí me muero de hambre. Me levantaré, me pondré en camino adonde está mi padre, y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo: trátame como a uno de tus jornaleros”. Se levantó y vino adonde estaba su padre; cuando todavía estaba lejos, su padre lo vio y se le conmovieron las entrañas; y, echando a correr, se le echó al cuello y lo cubrió de besos. Su hijo le dijo: “Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo”. Pero el padre dijo a sus criados: “Sacad enseguida la mejor túnica y vestídsela; ponedle un anillo en la mano y sandalias en los pies; traed el ternero cebado y sacrificadlo; comamos y celebremos un banquete, porque este hijo mío estaba muerto y ha revivido; estaba perdido y lo hemos encontrado”. Y empezaron a celebrar el banquete. Su hijo mayor estaba en el campo. Cuando al volver se acercaba a la casa, oyó la música y la danza, y llamando a uno de los criados, le preguntó qué era aquello. Este le contestó: “Ha vuelto tu hermano; y tu padre ha sacrificado el ternero cebado, porque lo ha recobrado con salud”. Él se indignó y no quería entrar, pero su padre salió e intentaba persuadirlo. Entonces él respondió a su padre: “Mira: en tantos años como te sirvo, sin desobedecer nunca una orden tuya, a mí nunca me has dado un cabrito para tener un banquete con mis amigos; en cambio, cuando ha venido ese hijo tuyo que se ha comido tus bienes con malas mujeres, le matas el ternero cebado”. El padre le dijo: “Hijo, tú estás siempre conmigo, y todo lo mío es tuyo; pero era preciso celebrar un banquete y alegrarse, porque este hermano tuyo estaba muerto y ha revivido; estaba perdido y lo hemos encontrado”».

Pautas para la homilía

La ira de Dios

Si hay un pecado abominable en la Sagrada Escritura a los ojos de Dios es la idolatría, es decir, la creación de falsos dioses hechos según modelo y capricho de los hombres con el fin de suplantar al Dios verdadero. Es un pecado tan aborrecible que es capaz de despertar en Dios la ira. En su locura, la ira es un sentimiento capaz de arrasar con todo lo que encuentre a su paso y puede ser causa de una verdadera devastación. La idolatría niega a Dios su libertad y su bondad. El ídolo es un falso Dios cuyo objetivo es confundir la bondad de la creación del Dios misericordioso.

Un afamado psicólogo del pasado siglo escribió un libro sobre el miedo que los hombres tienen a la libertad y de cómo ese miedo ha conducido a tolerar y aceptar situaciones de esclavitud y totalitarismos. El miedo a los otros, a afrontar nuevos retos, a vivir en la diferencia, a la convivencia intercultural, etc., genera situaciones que están en el origen de nuevas idolatrías religiosas y sociales que se oponen al Dios, Abba, entrañable de Jesús.

La misericordia de Dios es de tal calado que, incluso, está dispuesto a perdonar el abominable pecado de la idolatría, siempre que el creyente termine por reconocer y confesar al Dios vivo y verdadero, origen de todo bien, de toda libertad y de toda justicia. El poder del Dios cristiano está, precisamente, en la fuerza de su perdón por amor. Quien ama es capaz de perdonar y Dios es Amor. Perdonar no es un acto de cobardía ni de debilidad, al contrario, es una acción de valentía, de coraje y de apuesta por el futuro. El perdón de Dios es garantía de un futuro mejor para todos.

Dime con quién andas y te diré quién eres

Pero no todos entienden que Dios es misericordia y derrocha de generosidad para quienes más lo necesitan, para los pecadores. En los Evangelios se pone de manifiesto, en numerosos textos, como los que leemos en este domingo, que los que son tenidos como pecadores públicos, en el mundo religioso judío donde vivió Jesús, son, precisamente, quienes lo escuchan y, por el contrario, quienes se ven a sí mismo como justos, irrepreensibles y conocedores de la ley de Dios son quienes rechazan las enseñanzas de Jesús, Palabra de Dios.

No cabe duda que Jesús causó escándalo con su predicación, que dijo e hizo cosas que hirieron la sensibilidad dominante religiosa de su entorno, al tiempo que despertaba el asombro y la esperanza que aquellos que se sentían excluidos y desplazados de la religión judía. Frente a la imagen de un dios preocupado por normas y leyes, Jesús mostró la verdadera imagen de Dios, ya presente en esa misma tradición, de un Dios misericordioso cuya principal alegría reside en el retorno del perdido, de lo extraviado, del pecador arrepentido.

¿Por qué no nos causa alegría el pecador arrepentido? ¿Por qué no confiamos en la fuerza sanadora del perdón? ¿Por qué no terminamos de creernos que el Hijo de Dios, Jesús, vino a salvar y convivir, preferentemente, con los pecadores? No suele ser muy frecuente en nuestros días ver por las calles y las plazas a obispos, sacerdotes, religiosos/as, notorias personas religiosas, rodearse de pecadores/as públicas o de estigmatizados sociales, y no dejo de preguntarme por qué motivo, teniendo en cuenta que Jesús lo hacía con frecuencia.

La persuasión del Padre

Para los cristianos el Evangelio es fuerza salvadora y liberadora, es el motivo de nuestra alegría, es orientación en nuestro camino y es el motivo de nuestra esperanza. El Evangelio es el sí de Dios por esta humanidad a la que le cuesta reconocer la alegría de la fraternidad y el gozo del reencuentro. Desde el comienzo de la relación de Dios con el hombre, Dios se ha mostrado dispuesto a escuchar, a proteger y a acompañar al hombre. Casi siempre Dios nos ha complacido, por puro amor hacia nosotros, a cambio de mantener nuestra Alianza con Él y de reconocerlo como nuestro libertador.

Constantemente, Dios no persuade de su amor y de su confianza en nosotros. Pablo, como tantos otros a lo largo de la historia de la salvación, lo experimentó en su vida y por eso se mostró siempre agradecido. Sale cada día al camino para encontrarse con quien lo busca. Dios quiere mantener una relación estrecha con cada uno de nosotros y que participemos del banquete de sus dones y delicias; pero, nos quiere libres y confiados. Libres para amar como Él y confiados hasta la entrega generosa.

Nuestros tiempos no son los mejores para la vivencia de la fe, pero este es el mejor tiempo porque es nuestro tiempo. Hoy, como ayer, la inocencia es lo que puede conquistar los corazones de nuestros contemporáneos; el inocente, el de corazón puro, ve y comprende como Dios sigue construyendo su historia de relación con el mundo, contempla como va tejiendo una nueva humanidad. Ojalá abramos nuestro entendimiento y corazón a la escucha atenta de la Palabra de Dios, que oigamos sus pasos en la Creación y contemplemos su rostro desde la salida del sol hasta su ocaso.



Fray Manuel Jesús Romero Blanco O.P.
Misionero dominico en la Amazonía peruana

Evangelio para niños

XXIV Domingo del tiempo ordinario - 15 de septiembre de 2019



Parábola de la oveja perdida

Lucas 15, 1-32

Descarga la imagen en el tamaño que quieras: [Normal](#) [Grande](#)

Evangelio

En aquel tiempo se acercaban a Jesús los publicanos y los pecadores a escucharle. Y los fariseos y los letrados murmuraban entre ellos: - Ese acoge a los pecadores y come con ellos. Jesús les dijo esta parábola: - Si uno de vosotros tiene cien ovejas y se le pierde una, ¿no deja a las noventa y nueve en el campo y va tras la descarriada, hasta que la encuentra? Y cuando la encuentra, se la carga sobre los hombros, muy contento; y al llegar a casa, reúne a los amigos y a los vecinos para decirles: - ¡Felicitadme!, he encontrado la oveja que se me había perdido. Os digo que así también habrá más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta, que por noventa y nueve justos que no necesitan convertirse. Y si una mujer tiene diez monedas y se le pierde una, ¿no enciende una lámpara y barre la casa y busca con cuidado, hasta que la encuentra? Y cuando la encuentra, reúne a las vecinas para decirles: - ¡Felicitadme!, he encontrado la moneda que se me había perdido. Os digo que la misma alegría habrá entre los ángeles de Dios por un solo pecador que se convierta.

Explicación

A Jesús le acusaron mucho sus paisanos de ser muy blando y acogedor con las personas pecadoras y de mala fama. Y él explicaba su comportamiento, poniendo ejemplos para hacerse entender. A un pastor se le perdió una oveja. Y cuando al final del día se dió cuenta, dejó todo el rebaño recogido y se marchó a buscarla. Y cuando la encontró se llenó de alegría, la puso sobre sus hombros y la devolvió al rebaño. La misma alegría hay en el cielo por alguna persona que estando perdida ha sido encontrada. Jesús dice que él ha venido para encontrar lo perdido.

Evangelio dialogado

Te ofrecemos una versión del Evangelio del domingo en forma de diálogo, que puede utilizarse para una lectura dramatizada.

Narrador: Un hombre tenía dos hijos; el menor de ellos dijo a su padre:

Hijo menor: Padre, dame la parte que me toca de la fortuna.

Narrador: El padre les repartió los bienes.

No muchos días después, el hijo menor, juntando todo lo suyo, emigró a un país lejano, y allí derrochó su fortuna viviendo perdidamente

Niño 1: No entiendo la actitud de ese hijo. Se ha comportado como un mal hijo.

Narrador: Cuando lo había gastado todo, vino por aquella tierra un hambre terrible, y empezó él a pasar necesidad.

Niño 2: Le está bien empleado por malgastar las cosas a destiempo.

Narrador: Fue entonces y tanto le insistió a un habitante de aquel país que lo mandó a sus campos a guardar cerdos. Le entraban ganas de llenarse el estómago de las algarrobas que comían los cerdos; y nadie le daba de comer. Recapacitando entonces, se dijo:

Hijo menor: Cuántos jornaleros de mi padre tienen abundancia de pan, mientras yo aquí me muero de hambre. Me pondré en camino adonde está mi padre, y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo: trátame como a uno de tus jornaleros.

Niño 1: Parece mentira... Como dice el refrán: "sólo no acordamos de santa Bárbara cuando truena".

Narrador: Se puso en camino a donde estaba su padre; cuando todavía estaba lejos, su padre lo vio y se conmovió; y, echando a correr, se le echó al cuello y se puso a besarlo.

Hijo menor: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo.

Padre: Sacad en seguida el mejor traje y vestido; ponédle un anillo en la mano y sandalias en los pies; traed el ternero cebado y matadlo; celebremos un banquete, porque este hijo mío estaba muerto y ha revivido; estaba perdido, y lo hemos encontrado.

Narrador: Y empezaron el banquete. Su hijo mayor estaba en el campo.

Cuando al volver se acercaba a la casa, oyó la música y el baile, y llamando a uno de los mozos, le preguntó qué pasaba.

Mozo: Ha vuelto tu hermano; y tu padre ha matado el ternero cebado, porque lo ha recobrado con salud.

Narrador: Él se indignó y se negaba a entrar; pero su padre salió e intentaba persuadirlo. Y él enfadado le dijo a su padre:

Hijo mayor: Mira: en tantos años como te sirvo, sin desobedecer nunca una orden tuya, a mí nunca me has dado un cabrito para tener un banquete con mis amigos; y cuando ha venido ese hijo tuyo que se ha comido tus bienes con malas mujeres, le matas el ternero cebado.

Padre: Hijo, tú estás siempre conmigo, y todo lo mío es tuyo: deberías alegrarte, porque este hermano tuyo estaba muerto y ha revivido; estaba perdido, y lo hemos encontrado.

Textos: Fr. Emilio Díez y Fr. Javier Espinosa

Dibujos: Fr. Félix Hernández